

# JERARQVIA

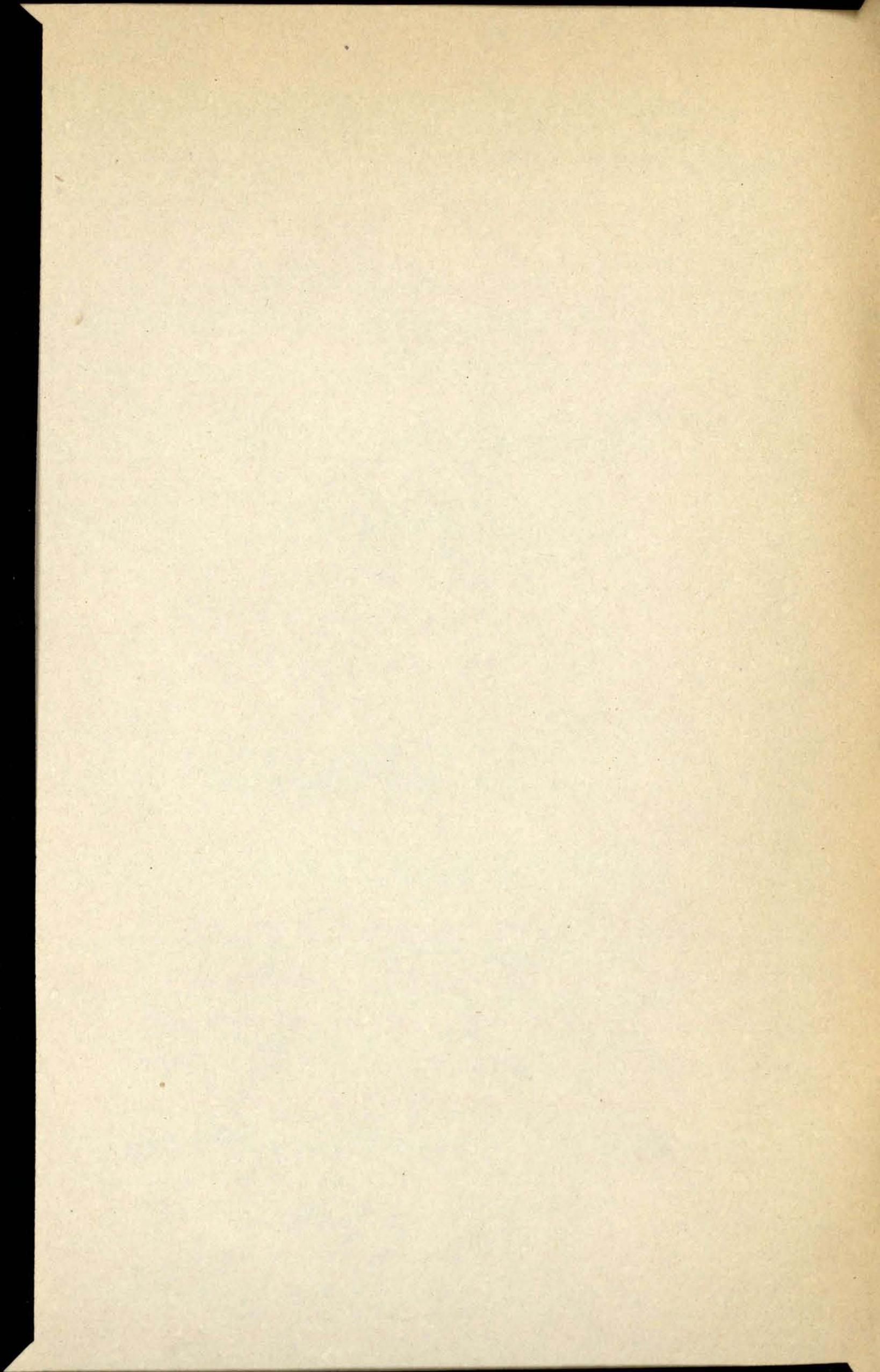


MCMXXXVIII  
NAVARRA

JEFFREYS  
COLLIER  
AND  
SONS







# JERARQVIA

Guía Nacional sindicalista  
del Imperio  
de la Sabiduría  
de los Oficios

4.<sup>o</sup>

5<sup>ptas.</sup>

## TABLA

EN LAS CVMBRES DE LA CIVDADANIA  
por Bruno Ybeas, O. S. A.

TRATADO SEGUNDO DE LA RAZON DE IMPERIO  
por Angel María Pascual.

LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPVBLICA LITERARIA»  
por Joaquín Entrambasaguas.

RETORNO A LO MISTICO  
por Augusto Andrés Ortega.

POESIA — TEXTOS — NOTAS

P. 3886

TERA QVIA





# NOTA

*La Otoñada nos trae desnudez, oración de oros y sementera. Hay, en las tierras, recogimiento y un alto gemido que, al corte del arado, clama impaciente por la fecundidad. Es necesario corromperse, como la vid en los lagares, gemir de contrición en la carne y en los sentidos de la carne, para renacer al gozo y al ardor de las primaveras del Espíritu, que son Primaveras de la Verdad de Cristo, en la comunión de los Hombres Nuevos. El Día de los Caídos—rosas sangrientas de octubre—nos enseña, con palabras eternas y angélicas, esta lección de Muerte para la Vida. Suma y deleitable Sabiduría, reflejar en nosotros, para exquisita y hermosa perfección, el ejemplo de nuestros Muertos. Al fin, el grano de trigo se echa en la tierra, se rompe debajo de la tierra, y luego da el milagro en las espigas de oro y de pan, cuando es día pleno y fragante de estío. ¿Cuándo amanecerá el estío indigente de España? Los Muertos ya se llagaron la carne y el corazón en el dolor guerrero de la Patria. Y florecieron en Haces de Flechas junto a las jamba del Cielo. Para nosotros queda el morir, en Vida, a la carne y nacer al Espíritu. Implacablemente. Renovación vale tanto como Revolución. Octubre mes revolucionario, de sementera y de Caídos. De sembrar, en cada hombre la Revolución del Alma, De nuestra Vida breve. Para la Vida eterna.*

DIRECCION  
AVENIDA DE SAN IGNACIO, 8  
PAMPLONA

ADMINISTRACION  
CVARTEL MARTINEZ DE ESPRONCEDA  
PAMPLONA

# JERARQVIA

LA REVISTA NEGRA DE LA  
FALANGE

EN NAVARRA ~ NÚMERO CVARTO  
MCMXXXVIII

# JERARQVIA

GVIA

NACIONALSINDICALISTA

DEL IMPERIO

DE LA SABIDVRIA

DE LOS OFICIOS

DIRECTOR ↪ FERMIN YZVRDIAGA LORCA

EDICION DE ANGEL MARIA PASCVAL



## SONETO IMPERIAL

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada  
La Edad gloriosa en que proclama el cielo  
Un Pastor y una Grey sola en el suelo  
Por suerte a vuestros tiempos reservada.  
Ya tan alto principio en tal jornada  
Os muestra el fin de vuestro santo celo  
Y anuncia al Mundo para más consuelo  
Un Monarca, Un Imperio y Una Espada.  
Ya el orbe de la Tierra siente en parte  
Y espera en todo vuestra Monarchia  
Conquistado por Vos en justa guerra.  
Que a quien ha dado Christo su estandarte  
Dará el segundo, más dichoso día  
En que vencido el Mar, venza la Tierra.

Hernando de Acuña.

# T A B L A

EN LAS CVMBRES DE LA CIVDADANIA,  
por Bruno Ybeas, O. S. A.



TRATADO SEGVNDO DE LA RAZON DE  
IMPERIO, por Angel María Pascual.



LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPVBLICA  
LITERARIA», por Joaquín de Entrambasaguas.



RETORNO A LO MISTICO, por Augusto Andrés Ortega.



POESIA: Dolor de Primavera, por Manuel Díez Crespo.



TEXTOS: Discurso de la Vnidad en el heroísmo  
de España, por el Generalísimo Franco.



NOTAS: El Hombre en Roma, por Armando Lodolini.

Puesto del Dolor en la Vida del Hombre,  
por Teófilo Ortega.

El Artesanado en el «Fuero del Trabajo»,  
por Angel B. Sanz.



PARA DIOS  
Y EL CESAR

ERVINO YREAS, O. S. A.



EN LAS CUMBRES  
DE LA CIUDADANIA.  
PATRIA Y PATRIOTISMO

por

BRUNO YBEAS, O. S. A.



# EN LAS CVMBRES DE LA CIVDADANIA. PATRIA Y PATRIOTISMO

**P**OR centenares mueren o dejan retazos de vida palpitante en las trincheras nuestros jóvenes. En los que a retaguardia quedamos, minoritas de la vida o del esfuerzo, las abdicaciones egoístas o los sacrificios en pro del bien común se suceden de manera interrumpida o ejemplar. Para

unos es cruento, para otros incruento el holocausto. Pero en todos arde intensa la misma llama de amor, que es el patriotismo y todos deponen fervorosos su ofrenda sobre la misma ara, que es la de la patria, jamás se vió ésta más coreada y querida, que en los actuales momentos históricos de su trágica resurrección. Jamás vibró aquél con tonalidades tan firmes y acendradas en los espíritus. Ahora o nunca puede realizarse en España el milagro de que habla Pedro Mártir de Anglería, al decir de la de su época, "desde el estado de mayor desorden pasó al de mayor seguridad, que había en el orbe cristiano".

Y ahora, también, parece oportuna la ocasión para discurrir, en forma cañida, sobre esos dos conexos temas, que sólo al desgaire o mediando tensión reflexiva escasa se suelen rozar. Ocurre con las nociones generales, que, siendo de percepción instintiva e inmediata y de aplicación continua en la vida del espíritu, se poseen de manera tan imprecisa o vaga y se usan con adherentes tan extraños y deformadores, que, más que de norte o encauce, sirven de encrucijada o hilo falso en la investigación de la verdad. No son las dos indicadas, de las que menos se han prestado y se prestan a la confusión y al desvarío.

Decir Patria equivale a decir tierra de los padres o antepasados. Es la significación invariable, que al término se otorga lo mismo en los idiomas clásicos que en los modernos. Patria es para cada hombre el suelo natal y no tanto porque en él haya visto la luz, cuanto porque en él han vivido sus ascen-

dientes y vivirán sus sucesores. Resulta imposible segregar de esa noción la continuidad de un mismo espíritu y de unas mismas costumbres. La idea de un territorio, limitado o no, y la de tradición o Historia son sus elementos constitutivos.

Por ellos se distingue de sus homólogos, las de nación y Estado. En la de nación no interviene la idea de territorio; lo típico de ella es la de generación o descendencia. En la de Estado no entra para nada la idea de tradición o Historia; lo formal de ella es la de soberanía. Refiriendo las tres a su género común de sociedades y definiendo a la sociedad como agremiación permanente de hombres en acción y para fin comunes, diríamos que patria es el país, que sirve de asiento vital a sucesivas generaciones mantenidas en unidad de entronque y de espíritu a lo largo del tiempo; nación, toda sociedad importante o numerosa de individuos y grupos del mismo origen o cuna, que tiende a conseguir el bien natural del conjunto en vida solidaria y duradera, y Estado, la sociedad independiente o soberana que congrega individuos y colectividades para el bien común de ellos sobre territorio definido y por tiempo más o menos prolongado.

Una nación puede, así, comprender varios Estados (América sajona), como un Estado abarcar varias naciones (Imperio inglés); una nación y una patria pueden persistir desapareciendo el Estado respectivo (Austria actual) o mantenerse disgregada en Estados diversos (Polonia antigua); y una nación puede subsistir no escaso tiempo sin formar patria, ni Estado (pue-

blos nómados y bárbaros) o careciendo en absoluto de patria (nación judía). (Esto último explica el hecho, de que los más audaces y cálidos proselitistas del internacionalismo y del pacifismo antipatrióticos pertenezcan a la judería). Y entre patria, nación y Estado lo más permanente, por ser lo más natural, es la patria.

**N**ADA menos arbitrario, en efecto, que la adhesión que en nosotros provocan el ambiente físico y el espiritual, en los que nos formamos y desenvolvemos. Instintiva e inexorablemente nos sentimos connexionados con ellos, como con algo que nos pertenece, que es expansión complementaria de nuestra personalidad. Hasta cierto punto somos hijos de una geografía y un clima histórico y moral porque somos moldeados accesoriamente por uno y otra. No es indiferente, para el modo de ser fisiológico y psíquico de cada uno, haber nacido en una meseta o en tierra baja y frondosa. Mucho menos pertenecer a este pueblo de reciente o incompleta formación o al otro de ayer secular y literatura relevante. A ese influjo directo o mediato y débil o vigoroso, pero real e innegable del mundo exterior, responde en nosotros un sentimiento de compenetración con él y con los que, a semejanza nuestra, conforma, haciendo de ellos y nosotros lo que los demás no son. Simple derivado del amor que a nosotros mismos nos profesamos, porque es natural que amemos, con nuestro propio yo, a lo que con él se armoniza o de algún modo le per-

fecciona, adquiere en el caso profundización y tonicidad singulares estimulado por los dos factores de la herencia y la convivencia, inherentes al mundo exterior dicho. Precisar los contornos y medir la tensión de esa vivencia complicada, más que sentimiento, es, sin duda, difícil. Desconocer, en cambio, su raigambre objetiva resulta imposible. Equivaldría a desconocer que el hombre, como terreno y sociable que es, se une por impulso necesario de su naturaleza a la tierra sobre que vive y a los hombres con quienes vive.

Y erran, por esto, quienes sostienen o afirman, contagiados de evolucionismo, que la noción de patria se muda o se transforma en el decurso del tiempo. Idéntico valor al que hoy se le atribuye en los escritos oficiales o privados, se le otorgaba en los versos del Romancero o los artículos del Fuero Juzgo. Cuando San Isidoro de Sevilla, encabezando su *Historia de los Godos*, prorrumpía en su conocido apóstrofe: "pulcherrima es ¡oh sacra semperque felix, principium gentiumque mater Spania!", ¿qué idea de patria expresaba sustancialmente en él sino la nuestra? Y cuando el Pacense elogia el acto ANTICONSTITUCIONAL de Witiza diciendo que "toda España se goza frenética de que lo haya realizado", no hace sino convertirse en eco de una legitimación patriótica colectiva, semejante a la que sostiene y refrenda la llamada sublevación de Franco. Las patrias no cambian porque carecen de formas. Son una noción y un hecho naturales, como la familia. Los que cambian son los Estados adquiriendo modalidades sucesivas, al compás de la variación de relaciones, que el

desarrollo de la vida colectiva ocasiona. Si en un mañana muy lejano llegase a cristalizar el ensueño de los paneuropeistas y los distintos pueblos del continente se fundiesen en la conciencia de un mismo espíritu, de unas mismas tradiciones, nuestros sucedáneos de la época podrían hablar de su patria engrandecida con la misma razón, con que la Ifigenia de Eurípides, nacida en Micenas, invocaba el trágico recuerdo de su Gran Grecia, o Virgilio, ciudadano de Roma, cantaba ardoroso con el pensamiento fijo en Italia: "Salve magna parens frugum Saturnia tellus!"... Ensanchada o reducida, íntegra o desmembrada, la patria supone siempre espíritu heredado en territorio heredado. Eso y nada más que eso.

**C**ONFUNDIR, según hacen muchos, con la comunidad de espíritu en cuestión las de lengua, religión y raza no está justificado. Confundirla, sobre todo, con la última que, en su fase o significado biológico, no es más que puro mito. Sin las segundas puede existir o darse la primera, aunque ellas la preparen y entonen. Todos los factores de cohesión ideológica, sentimental y voluntaria contribuyen a formar y robustecer la unidad viviente de las patrias. Pero esa unidad dista mucho de ser síntesis, de constituir un producto parcial o colectivo de aquellos. Lo que de manera íntima traba a unos patriotas con otros en el conjunto que forman es el acto de voluntad permanente de perseverar mancomunados en la posesión y en el legado de un tesoro espiritual recibido. Por

*él subsiste y se explica su convivencia, a prueba de adversidades y peligros, y con él, relajado o deshecho, se quebranta y anula. Pensad si hay o puede haber otra razón suficiente, otra ley física de la existencia y la diversificación de las patrias.*

*Ello sólo pone ya de relieve la inexactitud en que, al definir el patriotismo, se incurre, diciendo en frase simplicista que es: amor a la patria. ¿Acaso se da idea cumplida de la filiación calificándola de amor a los padres? En todo acto o moción del hombre hay multiplicidad de elementos psicológicos entreverados. Mucho más en el de referencias, que, por absorber en ocasiones nuestra vitalidad y aun rebasarla, es de los más complejos que en nosotros se registran. En su apariencia o manifestación predomina sin duda el PATHOS, lo pasional o efusivo. Casi en totalidad y para la mayoría de las gentes no tiene más valor, que el de una simple sacudida nerviosa. Penetrad, sin embargo, en ese fondo de cobertura irracional o mística.*

*A seguida aparecen los integrantes ideológicos y volitivos, que componen su urdimbre: representaciones intencionales y aptitudes de reafirmación y defensa. En cada patriota hay, informe o plasmada, latente o expresa, una convicción de solidaridad semidoméstica con los otros y una decisión firme de conservar o mantener ese lazo a trueque de los mayores sacrificios. Lo afectivo no es en él sino expresión y medida de lo reflejo en sus dos formas de cognoscente y deliberante. Con razón dice Romagnosi en su "DELLA VITA DEGLI STATI" que patriotismo es "la voluntad resuelta y permanente de servir y ayudar con todas las eenergías a la sociedad civil de que se es*

miembro". Antes que nada y sobre todo, repercusión en la esfera del sentimiento y hasta en la del instinto, del concepto de justicia general, básico en todo orden y expresión de las relaciones societarias. Plásticamente lo representa a maravilla Arturo Dresco encarnando a la patria en un altar elevado a las alturas por el esfuerzo colectivo.

**D**ESPOJADO de base racional no se explica fácilmente, cómo el patriotismo puede dar curso a deberes ásperos e ineludibles. Pues el amor "lleva la carga sin carga", como dice el Kempis, o ayuda e impele al cumplimiento de lo imperado; pero no engendra de por sí imperativo alguno, categórico o condicional. Se comprende que por amor al país soporten nuestros soldados las penalidades abrumadoras de la lucha a muerte y la inmolación generosa de la vida y que los componentes de la retaguardia emulemos su altruismo abnegado prodigando en su favor las privaciones y los esfuerzos. Amor no es al fin sino un vivir en otros y para otros. Pero ¿por qué nuestros soldados han de sentirse y hemos de sentirnos nosotros obligados a vivir o morir de esa suerte? No hay deber sin norma y el amor, floración espontánea del espíritu, no tiene nada de norma. De modo que el patriotismo es algo más que amor a la patria o los deberes, que hacia ésta impone, resultan tan inexplicables, como lo es el deber en general por la ineptia kantiana del deber por el deber.

Para fundamentación de la deontología patriótica se ha

*fraguado una teoría, que aun boga por ahí valedera, a pesar de que es muy adelantada en años y de que la moral positivista o solidarista, que la respalda, solicita desde ha tiempo los honores del sepulcro. Cada uno de nosotros, según ella, es deudor a la patria en que ha nacido de cuanto es, puede y vale. Así nuestra vida orgánica, como la de relación: intelectual, moral y estética, son obra del ambiente, antes y más que efecto obligado de nuestras energías individuales. Sin los recursos inmensos que la labor de cien generaciones nos suministra los resultados de nuestra actividad multiforme serían insignificantes o nulos. Nacemos con un crédito pasivo, que jamás podremos extinguir porque representa un ahorro o un sobrerrendimiento colectivo y secular frente a una producción pasajera y aislada. Todos los sacrificios que, en consecuencia, nos exija la patria, incluso el supremo de la vida, la son debidos en rigor de derecho, como parcial y justo reembolso del capital incalculable, que al hacernos miembros de ella nos ha adelantado.*

*Si la trama conceptiva no fuese de mala estopa, sería inapreciable y perfecta. Puesto que la noción de deuda es en ella capital, sujetémosla a análisis ligero. ¿Qué es en realidad lo que yo debo a la patria? ¿La vida física? No es a mi patria sino a mis padres a quienes se la debo, una vez que, sin mis padres, yo no existiría. Si me decís que, en caso necesario, debo sacrificar o poner en peligro la vida por mis padres, convengo con vosotros; pero ¿en nombre de qué he de conducirme de igual modo con mi patria? Por lo menos, me replicaréis, no es posible negar, que a ésta debemos cada uno, la vida cultural, que*

es más importante que la física u orgánica. ¿Estáis seguros de ello? Porque todos los principios de la cultura —no hay más que una, como no hay más que una especie humana; aunque los hiper o hipo pensadores las multipliquen y subdividan— proceden de Asiria, Grecia, Roma, Palestina, etc., etc. Según esto yo, español, estoy más en deuda, desde el punto de vista cultural, con esas naciones o países que con el mío y debo sacrificarme antes y más por ellos que por el mío. En rigor yo no debo a mi patria sino influencias accesorias en la formación de mi personalidad y en el desarrollo de mi vida. Exigirme que en nombre de ellas me sacrifique por mi patria equivale a decir que yo, realidad sustancial, debo anegarme y destruirme en aras de un accidente. Es más; si eso de que yo soy deudor a mi patria por el patrimonio de ideas y bienes, que ha puesto a mi servicio, quiere decir algo, significa que lo soy de mis antecesores, pues ellos lo crearon, y, como estos ya no existen, que lo soy de sus herederos, entre los cuales me cuento yo. De lo que resulta que yo soy deudor y acreedor de ellos a la vez y con el mismo título. ¡A derivaciones lógicas tan pintorescas conduce la famosa teoría de la deuda social!...

**C**OINCIDENTES, en parte, con ésta son las no menos famosas de los historicistas y organicistas, radicadas de modo directo o mediato en el panteísmo espiritualista del genial mixtificador de ideas: Hegel. Sirveles de punto de partida la personificación de la colectividad o de la patria,

a base de la reducción entitativa del individuo. Porque no es que la colectividad o la patria forme una realidad de orden, una entidad moral con derechos y deberes análogos a los de la única persona sustantiva o real que en el mundo de las cosas tangibles conocemos. La patria es un gran todo de naturaleza semejante a la del hombre; pero superior a él, un supra-ser colectivo al que el hombre está totalmente subordinado. Los deberes del ciudadano para con su patria resultan, así, necesidades físicas más que exigencias morales. A esta racionalización absurda de los deberes patrióticos han contribuído no poco los escolásticos con el silogismo, tan manoseado a redropelo en las *Éticas de Seminario*, para demostrar que, en ocasiones, debemos a nuestro país el sacrificio de la vida: "el hombre es, con respecto a la comunidad, lo que la parte con respecto al todo. Toda parte está ordenada al todo, como lo imperfecto a lo perfecto. La parte existe para el todo".

En el embrollo no hay, como en el anteriormente expuesto, sino una noción defectuosa e inadmisibile de la idea de comunidad. Se concibe a ésta como realidad subsistente de por sí, cuando nada es ni vale, sino en los que la componen y por los que la componen. La única realidad subsistente, la sola categoría absoluta de la sociedad y de la Historia es el hombre. Nada hay sobre la tierra superior al hombre, nada a lo que tenga que someterse como a fin adecuado. Dios sólo está por encima de la cúspide ontológica del mundo, que es el hombre. Cuando se dice que el hombre es a la comunidad lo que la parte al todo y que la parte es menos que el todo, se comete

*un error o se esgrime un equívoco. Si se considera a la comunidad como algo distinto de los que la forman, cada uno de ellos es más perfecto que la comunidad porque es más ontológico o real. Parte de la actividad de los individuos, la que consagran al bien del conjunto, es la que forma, por convergencia o coordinación, la actividad específica de la comunidad. Ni existe el individuo para el todo, la comunidad, sino viceversa, porque existe la comunidad para el desarrollo acabado del individuo. ¡Sobre confusiones de este género se quiere alzar racionalmente la deontología patriótica, que implica nada menos que el donadio heroico de la vida!...*

**E**N algo más sólido y resistente al corrosivo destructor de la crítica se cimentan nuestros deberes para con la patria. Es el terreno berroqueño y primordial de la metafísica, sin la que nada se explica, ni basa en firme. El hombre, como los demás seres del mundo, es inacabado por naturaleza y tiende, como ellos, a completarse, a realizar sus potencialidades en plenitud. Cognoscente y libre, a diferencia de los otros, no se desenvuelve y acaba por necesidad, al modo del cuerpo inerte o del organismo, sino por determinación espontánea, conociendo y amando. Conocer el fin que le corresponde en el concierto de las cosas y realizarlo, he aquí su cometido sobre la tierra. Pero el hombre es, también, social por naturaleza, ya que, en aislamiento, no le es posible desarrollarse física ni espiritualmente con holgura. Quiere ello

*decir que la vida social es condición indispensable para que aquel cometido se cumpla, para que nuestra perfección se realice. Por el mero hecho de nacer tenemos todos asignado el mismo fin, nos vemos sometidos a la misma ley natural y estamos unidos por idéntico vínculo de afección recíproca, que nos impone ayudarnos los unos a los otros para el bien de todos. Imposible es sustraernos a este deber social, sin infringir IPSO FACTO nuestra misión personal en el mundo. Inútil pretender la consecución de nuestro bien propio sin contribuir al bien de los demás. Por lo mismo, sacrificarme por éste es lograr mi perfeccionamiento, cumplir mi misión de hombre. Hombre entre hombres, vivo para mí, viviendo para mis semejantes.*

*Esa norma de justicia general que me encuadra en el orden del universo poniéndome al servicio del bien humano en unión con los otros hombres está por encima de las sociedades organizadas y de sus códigos; pero se realiza primaria y sustancialmente en ellas. Las relaciones humanas que regula son, antes que ninguna otra, las de mi contorno, por ser las más inmediatas, las casi subsistentes para mí. El bien común humano es el del país en que he nacido o al que pertenezco. Laborando por éste contribuyo a incrementar aquél. Ni hay otra manera de hacerlo con eficacia. Dejad a los humanistas de relumbrón que cumplan sus deberes de hombres con los cochinchinos o los titíes, mientras se excusan de practicarlos con sus compatriotas. Para mí, español, servir a la Humanidad es servirla en España y a la española desarrollando las cualida-*

*des humanas de la civilización, que es bien común de España, y desenvolviéndolas en unión de quienes, por ser de igual espíritu y carácter que los míos, pueden mejor contribuir a efectuarlo. Ese servicio me exigirá a veces sacrificios dolorosos, incluso el de la vida. Realizando el último no haré sino adaptarme a mi condición de ser, perfectible y social, cumplir mi cometido humano de colaborador del bien común. Con ello mi vida temporal se trunca; pero mi personalidad moral se redondea y acaba. Y ese truncamiento tendrá su contrapartida plena en la expansión holgada de mi ser, que mi inquietud espiritual perenne, mi insatisfacción mundana, me hacen preveer en el transmundo.*

**M**ORIR por la patria no es, pues, morir por una idea o un sentimiento sino morir por los hombres que constituyen actualmente mi patria. Los antepasados no existen, los sucesores tampoco. Morir por lo que no existe no es heroísmo sino tontería. La vida sólo puede y debe sacrificarse en aras de la vida. A ejemplo del Cristo los que mueren por la patria mueren para que los que con ella la constituyen "tengan vida y la tengan en abundancia". Por tu vida física y moral, lector, y por la mía del mismo orden, mueren nuestros soldados en las trincheras. Y por las de ellos soportamos los de la retaguardia restricciones y gravámenes. Unos por otros en la medida de lo posible, como lo requieren la vida social de todos y la vida personal de cada uno. Como lo requiere, en último

*término Dios, autor y dueño de nuestra naturaleza. Si os parece forzada la invocación de Dios en el caso, ensayad, explicar el deber más rudimentario del hombre sin acudir a algo superior al hombre. Dios y el hombre son en realidades que siempre se encuentran en conexión. No es extraño que se den así en el lema de la actual Cruzada española: "¡Por Dios y por la Patria!..." Aun muriendo por la patria a secas se moriría también por Dios, porque El ha hecho dependientes entre sí a los hombres en la consecución de su fin terreno y último. Ascendiendo a las cumbres de la ciudadanía se asciende a las cimas de la caridad.*



# TRATADO SEGVNDO DE LA RAZON DE IMPERIO

por

ANGEL MARIA PASCVAL

TRATADO SEGUNDO  
DE LA RAZON DE IMPERIO

por

ANGEL MARIA RASCVAL

# CAPITULO PRIMERO

## «YA TAN ALTO PRINCIPIO EN TAL JORNADA»

**L**A jornada del Imperio, grabándose ya en los cielos con estrellas para nueva guía de tiempos peregrinos, exige un alto principio, que está ya entre nosotros y tiene un gloriosísimo nombre. Se llama el Fascismo. Y sería aquí también necesario mirar atrás veinte años, terminando aquella guerra que inició la agonía de una edad y consagró la edad nuestra presentida. Entonces empezaban a no encontrarse solos los llamados a unión, a cruzada, a empresa de ecuménico alcance. Antes de la Guerra Grande no cabían en la estructura decrepita y compacta de la civilización, los solitarios "por osar rumbos fuera del trillado camino". Cuatro años descoyuntaron la consumida máquina y con la paz tres fenómenos ocurrieron. Venían del mismo origen, pero produjeron opuestos resultados. El primer fenómeno se llamó nueva exaltación de la democracia. Surgieron más repúblicas, más derechos del hombre, constituciones más avanzadas y, cuando convino, el principio de las nacionalidades erigió los Estados. El segundo fenómeno fué más adelante. Se llamó el comunismo y tocó el sistema de gobierno, pero sobre todo, puso las leyes y el orden económico acordes. El tercer fenómeno se llamó el Fas-

cismo. Es la última consecuencia y como en todo proceso la extrema deducción encuentra los orígenes.

La lucha contra el Fascismo simboliza la pelea incansable —el duelo entre la Vida y la Muerte— de nuestro tiempo, nuestra diaria angustia de cada día. Nunca se vió como ahora tan visible, esencial y extremada, la lucha de los viejos contra los jóvenes, de las viejas ideas y de las ideas nuevas, despiertas intransigentes, alegres y fuertes llevadas a la guerra, por su necesidad. Le combaten —sobre todo porque ellos involucran toda decrepitud— los otros dos fenómenos de la postguerra: el orden liberal y el comunismo, aliados en este odio muchas veces.

En el orden liberal se mantienen vecós de fuerza, pero constantes de apariencia, todos los restos de la edad media revividos en el Ochocientos antes de acabar definitivamente. Son fuertes enemigos porque combaten en sus trincheras de inercia, de costumbre y de prejuicios. Pero nosotros tenemos ahora la alianza del tiempo, y él cuartea las invencibles fortalezas. Cada año trae nuevas promociones, tensos enlaces y mejor estrategia y cobrando su diezmo cada año deja en las filas enemigas imborrables huellas. ¿Pero cuándo llegará, alada, la Victoria?

Como un David ágil, desnudo, pastoril y hondero, pelea el Fascismo, contra espantosos gigantes, inédita aventura de Caballerías. De ellos se dirán ahora el poder y los nombres.

El Fascismo tiene que destruir el viejo orden social y económico, última forma del sistema feudal. El feudalismo se llama capitalismo en el salto atrás del Ochocientos y en el

nuevo nombre encubre con usuales figuras, la tiranía, las prestaciones de vasallaje y los malos usos. Existen los mismos grados de rebeldía y aprovechamiento ante la debilidad del Estado, y ante la función de las ciudades. El sistema capitalista desmorona o incorpora —el resultado es igual— la aristocracia de la sangre. Convierte en romántico turismo los palacios de las oligarquías mercantiles. Y desprecia o encadena a cortesana servidumbre la aristocracia de la sabiduría y de los oficios. Cuando se lee que un noble por hacerse moderno cubre con su ducado, condado o marca la extensión de una fábrica o de una banca hay ocasión para el dolor. Pero aún es mayor el dolor de la luna en los hollados canales de las ciudades muertas. Y todavía mayor ante ese modo de esclavitud que llaman mecenazgo. Contra el sistema capitalista el Fascismo dispara su más ardiente flecha: la corporación, la economía dirigida, las empresas del Estado.

Contra el Fascismo se yergue el gigante de la vieja política. Siempre la misma, bajo nombres diferentes. Díganla absolutismo, democracia, monarquía liberal, centrismo o frente popular, será la corte de los milagros con oros o mandiles, elegancias o regueldos, libreas o harapos. Será paraíso de las gentes que tienen algo de todo sin rigor de aprendizaje. Ensayistas, publicistas, comediógrafos y universitarios, a todas horas y entera la vida paseantes en corte. La adulación, la espera y el elogio mutuo dan los altos puestos, como relieves de un festín. Contra ellos avanza una tropa avezada, férrea y segura en haces prietos y disciplina exacta, escuadrón de enhiestas armas. Ante

la amenaza, la Corte de los milagros intenta el engaño disfrazándose de juventud, o bien emplea el veneno de los halagos, de las próximas esperanzas y hasta franquea los subsuelos del poder. Y si faltan estos recursos queda la fuerza. Pero está por verse que la Historia se haya detenido ante las leyes de orden público. Contra la vieja política dispara el Fascismo su dardo más fuerte: se llama milicia, técnica, austeridad.

Tropieza el Fascismo con la sorpresa de muchos malos hábitos crecidos a la sombra de las fuerzas que guían al espíritu hacia su último fin: las fuerzas políticas que encubren su mercancía de ambiciones terrenas bajo altísimos nombres; las prácticas caprichosas, las artes espantables, fronda espesa cubriendo la augusta y entrañable sencillez de los ritos. Esa innoble limosna del liberalismo llamada "religión oficial" que da al culto frialdades cívicas y destruye el apostolado bajo especies de burocracia oficial y de comercial competencia, y esos definidores laicos que burlan la jerarquía y aquella fiebre de obras sociales, de frígidos estudios, de benévolos comercios. Y aquella manera de olvidar la teología entre las palpitaciones de los tiempos, y de confundir lo temporal y lo eterno. Contra ese gigante el Fascismo dispara su saeta más alta y filial; una saeta de liturgia, de sencillez, de santidad.

El cuarto enemigo es quien da fuerza plena al símbolo de David que poníamos al principio como una figura del Fascismo adolescente. El cuarto enemigo son todos los filisteos. Filisteos de la ciencia, estudiantes con vocación de oficina, maestros sin el sacerdocio de profesar la cultura, sabios

de impuras ambiciones, que hacen escabel, y no corona, de la sabiduría. Filisteos de las profesiones, gentes que están descontentas con su oficio, sin propósito de mejora, sin el amor que hace de la jornada cotidiana escala y ruta de rumbos nuevos, sin un gesto gallardo que rompa las cadenas de la espiritual servidumbre. Filisteos de las Artes. Una multitud de gustos horribles, de artistas sin escuela, sin virtud, sin bondad, fabricantes del arte al por mayor, inventores de materias que no son los cuatro elementos de la honradez tradicional, grande coche de chalán en ferias. Filisteos de la vida, gentes negativas derribadas entre las pulgas de los cafés, con toda la amargura íntima hecha veneno rencoroso, chisme soez, femenina melindre, espantosa envidia y el dolor de ver pasar sin remedio los años estériles. Filisteos que corren tras el vencedor, los que ponen zancadilla por necesidad patológica al que eleva su obra bien hecha, los que dejan por una gloria efímera la honradez y la serenidad, los que juegan a dos caras de falsía como el diablo de aquella antiquísima danza de las montañas, los que quieren hacer de su pobreza de espíritu, canon invencible. Contra todos los filisteos y su gigante el ágil pastor lanza su honda muchas veces, y en su honda pone aprendizaje, sencillez, revolución del buen gusto.

Todos estos enemigos forman parte del orden liberal, pero el Fascismo paciente y militante espera otra nueva y durísima batalla. El enemigo se llama ahora el Comunismo y es un error creerle antagónico del sistema capitalista. Al implantarse, destruye bruscamente muchos ejemplos de bienestar,

pero también el sistema capitalista con su industrialismo y sus aglomeraciones urbanas destruye muchas maneras humildes y sosegadas de vivir. De pueblos libres y alegres hizo manadas grises, torvas, en diaria esclavitud de máquinas de humo y de sirenas. Si el Comunismo viene con violencia es porque hasta ahora triunfó sólo en su país cuyo genio está hecho para anular todas las experiencias comunes a los demás pueblos. El Comunismo es la única forma lógica del sistema capitalista, ya maduro, en nuestro tiempo. Trae consigo la negación religiosa y por consiguiente la desaparición de las normas morales, y de la libertad, porque solamente la religión es la libertad. Pero ya la religión, la moral y la libertad se olvidaron antes en los últimos tiempos y en los lugares álgidos del sistema capitalista; grandes industrias, grandes ciudades, grandes muchedumbres, donde no existe ya la fe, ni la familia, ni el hogar, ni la excelencia del oficio, ni el aire limpio, ni el alegre descanso, ni el freno de la contienda, ni la gloria difícil. Es un país así dispuesto, el comunismo, lógica deducción del orden liberal, viene sin esfuerzo y sin ajenos temores. El comunismo proviene del orden liberal y es una perfección de sus formas y tendencias. Tiende el capitalismo a definirse en pocas empresas que abarquen toda la producción del Estado. De su renacimiento feudal, inverso al primer feudalismo, va sacando entre la nueva nobleza los máximos "capitanes de industria", los nuevos "*doce pares*", la nueva "*Tabla Redonda*". Cuando esa Tabla Redonda con todo el poder económico asume el poder civil hay que señalar el principio de un nuevo estado comunista en

el mundo. Conviene observar que los fenómenos de vejez son semejantes e inversos a los de infancia; así lo que en los orígenes del ciclo histórico cuyo final estamos contemplando llevó esta ordenación: monarquía electiva, feudalismo y gobierno de clases, ahora, en el acabamiento largo y doloroso, con sucesión de gobierno de clases, feudalismo, monarquía electiva, se va presentando. El régimen de Rusia es ahora una monarquía electiva y absoluta con Oficio Palatino, favoritos o caídos en desgracia, ocultos crímenes y fiestas sutiles y trágicas; con una nobleza ambiciosa e inquieta nacida en la conquista, y con banderías por derrocar un monarca y poner en su lugar aquel que dirija el bando descontento o parezca a sus designios favorable. ¿Acaso no es esta la situación de Rusia por encima de la letra y del aspecto de las leyes? Pues eso es el comunismo, la última vivencia real de la segunda edad media. Por ser última y real vivencia, no moda o capricho, pudo implantarse en los Estados Unidos de la "*prosperity*"; y la civilización, libre, ordenada, próspera y socialista de los tres reinos escandinavos parece una víspera. Solamente no lo entienden los rusos medio civilizados bajo la sombra exótica de Catalina II como no lo entenderían los rusos del príncipe Sviatoslao, remero de su nave, aquel que solía bajar a Bizancio para aprender cosas refinadas, enervantes y deslumbradoras. Luego su proa oscura volvía hacia el tenebroso norte y en un cielo opaco apenas brillaban pesadamente las doradas cúpulas de Kiev la Santa.

Hay Estados cuya historia bajo forma de derrotas está re-

doblando tambores de feliz augurio, eco castrense de triunfales destinos. Solamente fueron hechos para la mayor grandeza o para la más obscura vulgaridad. En ellos después del orden liberal, madurándose en amenaza de lógico cambio, viene un leve ensayo de comunismo. Pero rápida una sacudida violenta y alegre supera esas deducciones intermedias y lleva la Revolución a sus últimas consecuencias; aquellas en que, superándose, es a la vez norma y arma, serenidad y violencia conjuntamente. En cambio, los países que conocieron bajo el orden liberal su apogeo, arrastran lánguidamente una lenta pendiente hacia el caos y en ellos las tentativas de Fascismo mueren como una flor de otros climas. Porque el Fascismo está predestinado y en el relato de los años muertos hablan los augurios. Necesita el aire transparente y fino y la dura gente de las tierras imperiales allí donde vuelan en piedra entre baluartes, águilas triunfales.

El Fascismo es la Revolución llegada a la cima y extremo, y el Comunismo no lo combate por creerle rezagado o reaccionario sino por verse ante el Fascismo superado y viejo como un álbum amarillento de recuerdos. El Comunismo y su sistema capitalista ya no llevan el ritmo gozoso de nuestros tiempos sino el lúgubre son de la Danza Mortal que fué la más loca y amarga fiesta en la cumbre de su tiempo. El dolor del Comunismo es que anduvo galleándose de moderno, y ahora tiene que ceder ante otro rival más nuevo y próximo a puerto. Las banderas, los discursos, las consignas y el estilo del Fascismo no son revolucionarios por disfraz sino por una exigen-

cia de estirpe, de genio fatal y originario; pero hay un momento en que de tanto avanzar se llega a sacar de su caos arquitectura, de su empirismo teoría, de su derecho milicia, de su excepticismo doctrina, de su nacionalismo Imperio. Este es aquel alto principio en tal jornada. Y se llama ir a Roma por todo.

## CAPITULO SEGUNDO

### OS MVESTRA EL FIN DE VVESTRO SANTO CELO

**T**ODAS las edades empiezan con una marcha sobre Roma y según su manera es el carácter de la edad que empieza. Rómulo marchó para fundarla, César para darle universales títulos de poder; y para destruirla Alarico, Rey de los godos occidentales. Aquí empieza la edad bárbara hasta la noche de Navidad en que nuevamente el Pontífice corona emperador de romanos al gran Carlos de la Barba Florida. Marchó sobre Roma y el que era Rey de los francos, jefe de una tribu emigrante, cabeza universal devino. Marchó sobre Roma nuestro César Carlos, pío y felice vencedor de bárbaros. Llevaba enhiesto y tenso el azote de la guerra para castigar a quienes vendían el poder espiritual en ruines y temporales alianzas. Y fué allí para poseerla ásperamente, violentamente, porque la plenitud solamente se alcanza por conquista. Y Napoleón, otra vez jefe de bárbaros, marchó sobre Roma, como Alarico, para hacer provincia, de la que era cabeza del orbe desde sus fluviales y legendarios orígenes. La última marcha sobre Roma fué la del Fascismo. Como en las más grandes tuvo armado y militar carácter. La empujaron poetas y genios, trajo sueños imperiales y el espíritu que recogía tantos atis-

bos lejanos, semejantes y esperando. En aquella tarde romana pasaban las mismas nubes—blancas, ligeras, transparentes—de hacía mil años cuando un son de olifantes sacudió las recientes y dolorosas ruinas y con pompa de hierros y pieles salvajes fué consagrado el Sacro Imperio. Las mismas nubes —blancas, ligeras, transparentes— de hacía casi tres mil años. Entonces un alegre viento ecuestre venía saltando en aquella primera tarde romana sobre un surco, un límite y un soplo del espíritu como el que cuentan algunos viajeros volviendo de Delfos. Marchó sobre Roma una multitud de gentes italas para salvar su patria del peligro inminente. Pero ellos eran al mismo tiempo embajadores de otra maravillosa y grandísima multitud creciente, inquieta, desordenada, de los que esperaban la nueva edad. Sólo se veía la cadena de Lenín como única suerte futura de la inteligencia y un mundo gris de casas baratas y trajes de cuero como la más clara fórmula de la revolución del buen gusto. Entonces, cuando todo eran voces angustiadas, subió un piloto. Venía sin ruido desde el fondo de las tinieblas.

Aquel alto principió en la tarde romana con el cielo largo y dorado bajo un rumbo de pinos nos muestra el fin del santo celo que empezó a fundar la nueva edad en la ruina del viejo. El Fascismo es una doctrina universal para todos los órdenes de la inteligencia, y de la obra, y entre ellos el Imperio para una mejor arquitectura del orden temporal donde la política del mundo se contiene.

Este fin de santo celo es triple, siendo uno en su carácter

y en su nombre. Primeramente busca el lugar donde residirá con justicia la cabeza del Imperio, en un rotundo y latino verso:

*Te regere Imperio populos romane memento*

En el regir los pueblos con imperio se halla la razón de la fuerza, de la guerra contra los bárbaros. El "buen salvaje" debe sustituirse por el "bárbaro enemigo". Hay que conquistar a los bárbaros, meter su rudeza bajo especies de eternidad; para darles lo primero caminos de tierra y agua y después inolvidables normas: lengua común, fe verdadera y unidad de patria, leyes de bronce y disciplina de armas. Gentes lejanísimas y diversas tienen comunión entrañable en el nombre de unánimes ideas y por orgullo de patria única. Sienten además compasión por todos los que están allende esa comunión y esa unidad. En todo eso Roma tiene la más antigua y excelente maestría. Muertas sus armas, todavía están su espíritu y sus leyes vigentes y viva su esperanza.

Ahora bien: regir los pueblos con Imperio es sujetarlos todos a común empresa, pero es sobre todo darles común historia. Para nosotros el curso de las edades y de los ciclos, el cómputo de los años, la relación de las crónicas de pueblos e idiomas diferentes se hacen todavía alrededor de aquel mar interior que llamaron Nuestro Mar, cuyo centro espiritual es Roma. Otros Estados descubrieron tierras firmes y grandes y solitarias islas, y un día encontraron opuestas riberas al grande Océano. Pues todos esos pueblos tuvieron que ser puestos bajo la historia que existía ya, la crónica imperial y cesárea de Roma.

La prehistoria es la historia de los pueblos que no la tienen o de los que teniéndola no caben dentro de los cánones de la historia de Roma. Con el mito de la Loba la prehistoria se hace historia, pero fuera de los términos imperiales en las tierras bárbaras, nunca sometidas sigue la prehistoria renovando sus ajenas edades.

Lo primero es hacer conquistas, limitar fronteras y reunir en una las historias, pero todo será el fundamento de una segunda jornada en el camino de perfección imperial. Esto ya es la mística del Imperio, con sus tres vías: la vía purgativa, la vía iluminativa y la vía unitiva. En vencer a todas las gentes, en regirlas con el gobierno o con las armas está la vía purgativa. La vía iluminativa la hallaremos en otro verso:

*Fecit Urbem quod prius Orbis erat*

En regir el mundo está la fuerza, pero la ley, el derecho del Imperio, estará en darle proporción y virtudes de ciudad. En un Estado caben diferentes lenguas, origen y ritos diversos aunque sienta una común y provechosa disciplina. Vemos en nuestro tiempo Estados de esa condición; y aunque sean fuertes y lleven siglos de unión, siempre existe, sorda o clarísima en ellos, una permanente discordia. Lo contrario sucede en la ciudad. Enseña la experiencia que nunca deben reunirse en la ciudad o suburbios de ella a pobladores de orígenes diferentes, porque entonces empiezan las facciones espantosas y hay muertes, incendios y pérdida de casas, oficios y ganados y los daños del mal gobierno. Tenemos el ejemplo en nuestra ciudad de

Pamplona donde tres siglos duraron las guerras y al cabo hizo paces un buen rey. Por todo eso conviene que los vecinos de una ciudad o sean del mismo origen, o no siéndolo olviden con una larga convivencia y el cauce de una ley superior las primeras diferencias y funden después con las virtudes del buen gobierno, una vida suave y ordenada. En una ciudad son todas las cosas comunes: las fiestas y los acontecimientos, las devociones y los gustos, los modos de lenguaje y un aire inconfundible de hermandad. Son conocidos e invariables sobre las mudables y oficiosas circunstancias los nombres de vías y términos y a todo el que llegue de fuera le sabrán enseguida extraño porque le faltará el gesto inconfundible de los que viven en cierto aire de familia, un modismo en el lenguaje y una expresión común. La ciudad es una muchedumbre de cosas mínimas, ordenadas y entrañables. Pues aquí está la segunda misión del Imperio. Regir todos los pueblos para hacer de ellos una universal, ordenada y entrañable ciudad donde las cosas del espíritu, las fiestas, los dolores, las empresas y el espíritu sean comunes. Así el Orbe inmenso será recogida Urbe en que se habrán confundido, los pueblos dispares a imagen de la santa y eterna Ciudad de Dios.

Nos queda por recorrer la vía unitiva, la tercera jornada en este largo y hondo camino de perfección mística del Imperio. Fué necesario al principio fundar una ciudad destinada a sede de universal Imperio. Después esta ciudad llena toda la tierra y mete a los pueblos en una teoría invariable de la Historia con su propia ley; como las distancias se miden desde un

hito común. Reciben las provincias formas de unidad y todos de extranjeros, de sometidos, en ciudadanos se convierten. Pues todo esto que es unidad de razón se justifica por la unidad de fe que es la más alta razón de Estado. Nos lo dirá mejor que nadie el verso maravilloso:

*Hoc destinatum quo magis*

*Ius christiani nominis*

*Quodquumque terrarum jacet*

*Uno inligaret vínculo*

Este es el fin más alto del santo celo de Imperio. Unir a todos los cristianos ya ligados con la fe dentro de una patria común para que estén más unidos, más seguros como rebaño del Buen Pastor. Toda la cristiandad formará el Imperio y otra vez serán posibles clamores universales, cruzadas y navegaciones, treguas de Dios, grandes peregrinajes, juegos ecuménicos y lenguas sonoras y enfáticas. La grey queda deramada y junta, esparcida y sujeta bajo un poder unico. Religión y Estado, Iglesia e Imperio harán un vínculo sólo como espíritu y carne. El alma tiene un fin sobrenatural, pero necesita el apoyo del cuerpo. El cual siendo caduco se hará glorioso cuando suenen las trompetas del acabamiento. La Iglesia tiene el supremo fin espiritual y el Imperio el temporal fin. Pero éste será lícito por ayudar al fin más alto que es el reinado del Fuerte, de Cristo Rey.

Estas cosas fueron diálogo de la tarde romana. Hacia Ostia un mar invisible recogía los últimos fuegos del sol. Estába-

mos en lo alto de una pendiente con huertos e interior soledad de cipreses. Aquí había una basílica y nuestro acuerdo tácito empujó la puerta y nos acogió una frescura con olor del Bajo Imperio. Venía una claridad diluída y vimos resplandecer apenas los cóncavos oros del abside. Estaba en medio de un círculo glorioso, Cristo sentado como un César con pretexta y púrpuras, y le rodeaban extáticas figuras de ancianos blancos y al pié un friso de corderos. Terminaba el día y pensamos otra vez sobre la misión de Roma; los versos gentiles del principio de la tarde que la señalaban el destino de regir los pueblos. Pero ese destino es una cima de ruinas superpuestas para el Imperio recién nacido. Entonces alguien de nosotros que miraba los mosaicos dormidos dijo —y rezó más que decir— otros versos que eran la más alta razón de Imperio que hayan escuchado los días de Roma:

*Per quam dedisti ut ceteris  
mens una sacrorum foret.*

El poeta hispánico ve el cetro de Roma en el vértice de todas las cosas y bajo su ley domadas las lenguas, los cultos, los ingenios de las gentes discrepantes. Los disonantes ritos proclaman el mismo sentir de todo el género humano. Y entonces su fe cristiana le da un latín fresco y atlético y canta su himno de gracias y en él la eternidad de la misión de Roma “por la cual todas las demás ciudades participan de una sola creencia”.

## CAPITULO TERCERO

### Y ANUNCIA AL MUNDO PARA MAS CONSUELO

**S**I el hombre es imagen de Dios, el mundo es imagen del hombre. Dios al reflejarse en la limitación perceptible de la materia forma con barro y un soplo ese conjunto llamado hombre perfecto. Abre el primer hombre los ojos y ve en su torno el mundo ya formado a su medida, a su imagen y por consecuencia hecho dominio suyo para que en aquella paz ordenada transcurriesen sus días de pasajero en tierra. El mundo estaba ya creado antes que el hombre y a su medida como una cuna esperando su nacer, y todo él se ordenaba según ley de jerarquía con arcos rampantes esperando también la clave que llaman libertad. La libertad del hombre es lo más alto que puede darse en el orden de lo visible y a ella en el hombre perfecto están sujetas en círculos descendentes, la razón, lo sensible y la materia. Aquí termina el hombre pero no el reinado de la libertad, porque lo sensible son todos los animales, y la materia todo lo que nutre o guarda el suelo de la tierra. En el orden de la Creación, cuando el hombre fué perfecto, todo está hecho para servicio de su fin cierto de salvación. Un mínimo esfuerzo de voluntad y todo se cumplía en aquel reino de maravilla y silencio, donde

no había tormentas, ni fieras, ni caminos de perderse dentro de una gigantesca soledad.

Pero la libertad —ese vértice del mundo— pecó un día contra Dios y mereció el castigo más justo, más duro y más misericordioso; el más justo porque una pena terrena correspondía al delito de turbar el Orden de lo creado, y el más duro, porque guardando el hombre todas sus facultades propias, toda su excelente cualidad, vió la revolución de todos sus antiguos súbditos. Y fué el castigo más misericordioso, porque deja la posibilidad de recoger, combatiendo, muchas de las antiguas prerrogativas, sobre todo las que a la perfección humana se refieren. Así están los campos. De un lado la hueste de la inteligencia, de la voluntad y de la razón, que únicamente por una guerra incansable puede recobrar aquella parte su antiguo poder, que se refiere al mantenimiento de la jerarquía en el propio ser del hombre y en las cosas externas e inferiores, que forman la hueste enemiga. Todas las cosas son su eco de esta lucha entablada dentro de cada hombre. Los alternos triunfos o derrotas van levantando la Historia.

Es guerra constante y no cabe paz en ella, pero sí treguas y largos vencimientos. Unas veces la hueste del espíritu se retira del campo o por derrota o por fatiga. Las voces innumerables extienden la noticia por todos los ámbitos de esa estructura frágil y definida que se llama civilización y el personal desorden se hace desorden universal y revolución de la cultura. Triunfa lo vago sobre lo concreto, la pasión sobre la razón, la sensibilidad sobre la inteligencia, el instinto sobre

la voluntad, el capricho sobre la regla, lo deforme sobre lo exacto, lo salvaje sobre lo civilizado, la anécdota sobre la categoría, lo que vuela sobre lo que pesa, la prehistoria sobre la historia. Entonces transcurre un período en que todos los fenómenos y la actitud del orden humano, señalan la constante barroca, su aparición, su desarrollo brillante y su escondido término.

Otras veces a costa de dolorosos esfuerzos triunfa la hueste de la inteligencia, los entes de razón vencen a los impulsos de la sensibilidad y la norma quita valor a la costumbre. Teorema y deducción se oponen a poema y experiencia, vencíendolas. Todas las cosas se hacen bajo especies de arquitectura y geometría en vez de hacerse bajo especies de música, de subconsciencia, de geología. "No entre quien no sepa geometría" leíase en la puerta de un jardín antiguo donde grises olivos a fuerza de escuchar sabiduría sólo destilaban óleo de lámparas. Era un tiempo de estos en que se tiende a crear categorías, canones y principios, como hilos para los laberintos de la experiencia. Cuando suceden estas cosas es señal de que aparece la constante clásica.

Ante el hecho del desorden que trajo la culpa a la jerarquía del mundo caben en el hombre dos posiciones naturales desde las atalayas de la razón. O bien su voluntad y su inteligencia abandonando las armas dejan a las potencias y sentidos inferiores el dominio total y quedan como siervas siendo dueñas por naturaleza; o la hueste de la inteligencia hace frente al levantamiento de sus vasallos, los sujeta otra vez y después

tiene que permanecer día y noche vigilante e implacable, porque tiene de enemigos, dulces armas de felicidad y halago. Y no puede descansar hasta la muerte. Pues todo esto se reflejará en la ordenación del género humano que es a modo de un gran cuerpo vivo; y en todo lo que es mueble o inmóvil en la tierra y en la misma grandeza y procesión de los cielos. Entre las dos posiciones hay la diferencia del blando sueño y la áspera vigilia. Dormir es volver a la prehistoria. Entonces se mueven únicamente las fuerzas inferiores, pero forja agradables horas de ensueño y en salud no quiere esfuerzo. En cambio la vigilia necesita esfuerzos continuos. Por eso la constante barroca es mucho más fácil que la constante clásica. No obstante será bueno advertir que algunas veces lo clásico llega a barroco por alucinación y sequedad de geometría y otras veces lo barroco a clásico por fuerza de lucidos ensueños. Pero las excepciones confirman la regla común. El barroco es una consecuencia del pecado original.

Existen dos maneras de encontrar en el desorden de origen algo de la paz perdida. Una, fácil, que es el dormirse, y la otra, difícil, que es pelear. En dormirse no está la paz porque solamente cabe ahí, como esperanza o como recuerdo, un olvido de las supremas facultades para volver a un estado vegetativo. Si el sueño es una vuelta a la prehistoria, es también "quedarse como un tronco". La paz verdadera consiste en tener una conciencia de la paz; y toda conciencia se hace a fuerza de padecer. Padecer está en conocerse despojado de la facilidad primera y en no haber descanso. La paz del hombre des-

cansará sobre las armas; la inteligencia, la voluntad y la razón nunca podrán suspender hasta la muerte su estado de guerra. Abandonarse al sueño y dejar que los súbditos ocupen el lugar del mando merece el mayor castigo cuando sucede en las potencias del hombre. Aquel dolor espantoso e indecible del infierno. Pues lo mismo sucede en el género humano puesto en el ápice del cosmos a imagen y semejanza del hombre. La paz que vuelve al hombre solamente por la unidad y la jerarquía de su inteligencia, torna al género humano con la unidad y la jerarquía del Imperio. Este recoge a los estados inferiores, les da a cada uno su lugar y a todos orden, y una vez incorporados, los hace unánimes.

La paz surge en el nupcial instante de hacerse el Imperio, ciudad, sin disminuir su grandeza y sin que la ciudad se desmorone. Esta única Paz verdadera, vigilante, desvelada y en armas es la Paz Romana. Solamente en tiempos de constante clásica adviene la Romana Paz. Una triple virtud orna los pórticos de este tiempo: Serenidad, norma y sencillez sostenidas contra todos los vientos. La constante clásica precede o sigue a una constante barroca, pero entre ambas el cambio no se da bruscamente, viene envuelto en infinidad de matices. Los estilos de transición son momentos orgánicos con un mimetismo de la naturaleza filtrándose en las junturas. El paso alterno de una constante a otra viene como una lógica consecuencia. Del ciclo barroco que termina está naciendo la constante clásica de nuestro tiempo; última consecuencia a la vez que opuesto principio. La última etapa de la constante barroca se

llama Revolución, la constante clásica se llama Fascismo. El Fascismo aparece en el momento de llegar la Revolución a sus últimas consecuencias. Es un sistema monástico y militar para mantener en el hombre y en la humanidad a su imagen la jerarquía de los valores mediante un continuo e imperceptible esfuerzo. Toda paz requiere un esfuerzo que no se note. Si lo notan está ya viéndose el castigo y no es posible la clásica serenidad.

Conviene ver ahora juntas las razones del Imperio; la sola razón de Imperio. La primera es dar a todo el género humano, unidad corporal, incorporarlo, regirlo por la fuerza. La segunda darle unidad de espíritu, hacerle unánime ciudad. La tercera darle unidad de fe, vincularle más estrechamente en la verdadera Iglesia. La cuarta, darle jerarquía a la manera de la que Dios puso en el hombre al hacerlo imagen suya, darles la Paz. El Imperio requiere para su triunfo la constante clásica, una doctrina acorde y universal y una sede. A la constante clásica le traen los tiempos. La doctrina universal es el Fascismo. La sede Roma.

La razón de Imperio es una escala de valores. Regir todos los pueblos no sale de los límites de una natural empresa. Regirles para que tengan paz universal y más estrechos vínculos de fe, pertenece ya a lo sobrenatural. Al poeta gentil le basta con hablar a sus conciudadanos para recordarles su misión y su gloria; pero elevado a sacros fines, a la Iglesia Romana toca dar su opinión sobre el Romano Imperio. La mejor manera de opinar sobre alguna cosa es hacer oración por ella, rogar

a Dios públicamente que la conceda o la mantenga. Aquel pagano recordaba el Imperio a los que transitan las calles y las plazas. La Iglesia se lo recuerda a Dios. La escala de razones del Imperio sostiene un momento el ara en el día más amarillo, más profundo y más dolorido del año, cuando los oficios del Viernes Santo. Sobre esta ara sin lenzuolos y sin luces el sacerdote, apenas cantada la Pasión, comienza las oraciones de aquel día. Pide en ellas fe incólume y poder sumo, gracia para todos los órdenes del cuerpo místico y fidelidad, aumento de gracia en los catecúmenos, fin de todas las plagas y conversión de herejes, cismáticos, judíos y paganos. La tercera oración es por el Imperio.

“Oremos por nuestro cristianísimo Emperador para que Dios nuestro Señor le sujete todas las bárbaras naciones para nuestra perpetua paz.”

Sujetar todas las naciones bárbaras es el principio del Imperio. Su última consecuencia hacerlo para la paz perpetua de los que están allí unidos bajo la misma mente de las cosas sagradas, comensales, herederos y partícipes en un común y divino alimento, grey del Buen Pastor. Y para que sean súbditos suyos todos los bárbaros haya pronto “un Pastor y una grey sola en el suelo”. Paz sin términos y por único límite el curvo horizonte. Ahora empieza la oración cuando todos se han puesto en pie:

“Omnipotente y sempiterno Dios, en cuyas manos reside toda potestad y todos los derechos de los reinos, mira benigno

al Imperio Romano para que las gentes que en su firmeza confián por el poder de tu diestra reunidas.”

La fiereza, la guerra, sirven a la fe común y a la paz perpetua. Y sobre el Imperio Romano, el único Imperio, desciende la fuerza de la diestra de Dios. Aquella mano abierta levantada y extendida que lucía entre oros fugaces sobre el obscuro abside al caer la tarde romana, ahora mira colores brillantes en la fresca mañana del Imperio. La diestra de Cristo levanta destinos a la Urbe:

*Qui sceptrá Romae in vertice*

*Rerum locasti sanciens*

*mundum Quirinali togae*

*servire et armis cedere.*

Sólo un hispano encendido en fuegos bajo la serena toga y la túnica blanca de los fieles, pudo hacer entonces sobre el Imperio caedizo el vaticinio cristiano del eterno Imperio.

## CAPITULO CVARTO

### «VN MONARCA, VN IMPERIO Y VNA ESPADA»

**T**ODAS las cosas están esperando la unidad que a unas reúne en orden, en esquema y en teoría y a otras empuja hacia el desorden y multitud. Sobre la unidad está el Fascismo levantando su nueva arquitectura del mundo, con sencillez y esfuerzo, con ímpetu y serenidad, con gravedad y alegría. Trae antes la revolución para arrancar las viejas raíces; y después planta sus árboles o columnas como sucede en el maravilloso Pusino.

Pero conviene empezar por el hombre, "por la unidad del hombre y de los hombres". El hombre verá el mundo como él mismo se vea; y cuando se haya aprendido verá su orden proyectado en el orden del mundo; y en su lucha con las cosas para domeñarlas a su necesidad oír el eco de su lucha interior. Se conocerá sujeto a la tierra, al conjunto de las cosas cuya existencia perciben los sentidos y esto le situará en el orden material; pero en este orden material verá su propio cuerpo objetivamente y esto le situará en la cima de la materia y en el principio del orden espiritual, allí donde el espíritu necesita aun de las potencias del cuerpo y tiene puestos sobre él los puros espíritus. Esto nos dará toda la extensión del hombre, el cual

siendo perfecto, definido y necesario en la escala de los seres es un maravilloso estilo de transición donde dos órdenes de opuesta naturaleza, el fin del orden material y el comienzo del orden espiritual, están unidos de un modo inseparable y eterno con solo la breve interrupción de la muerte. El hombre total tendrá satisfacción viéndose limitado y perfecto, distinto de la materia sola y de los animales próximos, pero su ente conocerá que aquellos límites tan perfectos a los ojos del cuerpo se borran a la morada del espíritu. De un lado su raíz inferior estará metida en lo inferior, en la tierra. De otro, su cima espiritual beberá los vientos del espíritu y tendrá la compañía, y la protección de los ángeles. Y sobre todo de uno, del genio familiar, del Angel de la Guarda. Es necesaria la unidad del hombre reuniéndolo conforme a rigurosa jerarquía. Esta vuelta a la unidad del hombre será hacerle la revolución fascista, ordenarle fascistamente para su difícil milicia, que es luchar contra el demonio. El concepto de Milicia nos dará la medida del concepto de unidad. No todas las cosas caben en la unidad sino aquellas susceptibles de bien; y las opuestas no forman otro ser contrario sino una dispersa negación. En este sentido, bajo color de Imperio, puede desearse que haya bárbaros para poner a la unidad límites, medidas y fronteras, que es una clásica exigencia. Llega a ciudad el Imperio en su ascensión y no hay ciudad perfecta sin muros, por eso empieza surcando muros la manera clásica y campestre de fundar ciudades. La ciudad murada es un cuerpo exacto y definido de vida superior, y no extraña el "ir en cuerpo de ciudad" de los

Ceremoniales. Quitadle muros y el cuerpo apretado y firme se hará monstruosa y elemental célula con su núcleo y su protoplasma y sus movimientos amiboideos hacia las partículas nutritivas: el Ferrocarril Central o las Grandes Fundiciones o las próximas aldeas; y por estos pseudopodos suburbanos se habla de ciudades tentaculares. Así la unidad admite límites para su perfección y exactitud; pero no admitirá nunca otra unidad diferente sino cosas trashumantes; fugaces y lejanas formas apenas entrevistas en la distancia. Como los muros a la ciudad y los castros al Imperio, así la milicia define a la unidad del hombre y bajo órdenes de jerarquía.

Cuando el hombre haya establecido sobre milicia y jerarquía su unidad será la hora llegada de proyectar sobre el mundo el módulo humano y sobre un Monarca, un Imperio y una Espada, nuevas y celestes geometrías.

Pero un solo Monarca, un solo Imperio y una sola Espada, porque antes de anunciar esta unidad los cielos proclamaron la hora de un Pastor y una grey y no hay Pastor múltiple ni partido rebaño. Conviene no olvidarlo; todas las razones del Imperio exigen tanto unidad como exclusividad. En la filosofía, en la religión y en la política no se puede admitir a dos señores. En una cosa estará la verdad y las demás serán en parte o en todo negación de la verdad.

Como sea este Monarca lo dice su símbolo primero, religioso, antiguo, pacífico y sublime de Pastor. Todas las utopías sobre el régimen de los príncipes desaparecen y también las teorías que miran sus gobiernos como arte o como estado de

cultura porque viene a quitarles el gobierno ese único y universal Monarca. Pero tomaremos de ellas la más escogida elección de virtudes que forman la idea perfecta de Príncipe para darlas al Monarca que anuncia aquel glorioso principio en que empezó este segundo tratado. No será diferente de los demás príncipes sino mayor y sólo por eso no habrá necesidad de más cualidades sino de más excelente medida en ellas y de un genio presente e ncada hora. En tiempos jóvenes, en mañanas de la historia será "como centauro" Cabalgara la tierra buscando en los prados, la caza. Conocerá los montes donde nacen los ríos, la boca de los valles y la naturaleza de vados y lagunas; será ágil, duro, incansable, férreo, agudo y solitario, capitán y docto, con andar leonado y viva estatura, su propio retrato tallado en carne. Tendrá una política de acecho y felinos saltos y a cada uno traerá presa de ciudades y campos, de gente y puertos. Tendrá el Arte bélica a punta de mente y a todas horas procurará afirmar su experiencia en las marchas, y en el combate. Será ambicioso y temido día y noche. Cuando en la noche negra, azul y extensa de luna todas las luces se vayan a guardar las puertas del sueño, sola su luz estará en acto de servicio, en acerado insomnio. Será amado y temido, popular y lejano, audaz y vigilante, alegre y astuto. César y ductor, tendrá el universal Monarca una exaltación del Héroe con aire y olor platónico en la mañana de la nueva edad media, brillante de cielos recién nacidos.

Unos siglos más tarde llegará el dorado mediodía. El Monarca será entonces un símbolo de plenitud como llevando de

la mano al sol. Entonces la paz habrá llegado a su máxima quietud y será el sol de justicia. Cumplirá el ideal y el tiempo aceptable de Discreto. A la audacia del Príncipe seguirá la quietud del escolástico "Régimen de los Príncipes". La sabiduría cruzará el meridiano que pasa por los cristales de las ideas estables y perennes, como esencias y no como estados. Y la Milicia tendrá un descanso vigilante en sus más lejanos campamentos. Conociéndose llegado a límites permanentes unirá los ríos con canales y muros, cerrará los términos con muros, fosos y palizadas y convertirá en ciudades pacíficas y bien guarnecidas los rudos castros. Entonces se hará la proclamación de la Paz, y el Imperio habrá subido la escala de su perfección, y Pedro y César cumplirán otra vez una misión acorde en el nombre de Aquel en quien ambos poderes se bifurcan.

Luego vendrá la tarde larga, opulenta y madura de la decadencia. Transcurrirá de una manera melancólica y tranquila, porque al recuerdo se unirá la seguridad del retorno como se espera un día nuevo en el rojo ocaso cuando van desapareciendo las cosas y se levanta desde los silenciosos montes el viento de la noche. Entonces la procesión lenta de las nocturnas horas no produce temor por la certeza del alba. Vendrá en ese tiempo lejanísimo una política fastuosa, quebradiza y enérgica y será el Monarca exaltación del Oráculo anciano y firme. El Imperio irá extinguiéndose majestuosamente, pero durará en el huerto de la Filosofía hasta que otro capitán, cumplidos los bárbaros tiempos, lo lleve a punta de armas en ágil y elástica marcha sobre la Roma Eterna.

La unidad de soledad del Monarca pide un solo Imperio. Por la unidad del hombre es necesario llegar a la unidad de las clases y de las tierras en un solo y universal dominio. Será extenso y universal, pero limpio y definido con humanas fronteras y claros términos. Reunirá todas las gentes para darles una misma lengua y una idea común, pero las dividirá en ciudades con sus oficios, mercados, defensas y fiestas y el contorno agrícola, los rebaños y las aldeas. El mismo Imperio limitado, íntimo y unánime será ciudad e imagen de la ciudad de Dios. Tendrá armadas formas de falange intacta y dulcísima visión de grey y traerá la justicia y la paz. Y todo estará al servicio de la unidad de Fe; católica sacra y romana misión del Imperio.

La tercera unidad y soledad es la de Espada que significa precisamente Milicia y Jerarquía. Toda la vida clásicamente sentida es una constante milicia por mantener la jerarquía turbada desde el origen. La milicia, el esfuerzo, es el único modo entero de entender la vida porque se trata toda ella de un combaten entre el orden y el demonio. Pelean el esfuerzo y fuerza, la historia y la fatalidad, el esquema y la experiencia, la energía y la inercia. Se ha dicho antes que allí donde exista el hombre reflejará la exterior contienda su contienda interna. La Espada dará a su milicia útiles servicios y así como en el espíritu se trata de renacer y defender una jerarquía, también se trata de poner jerarquía sobre la unidad de los hombres y del mundo para que sea, a través de la semejanza del hombre, imagen de Dios para el gran laude de cada día. Este será gladio de fuerza

y serenidad como el que llevan los ángeles verticales y erectos que guardan la gloria difícil ganada a fuerza de combates, y en esa única Espada estarán reunidas las dos antiguas armas que convenía poner una sobre la otra, la del poder espiritual y la del temporal dominio, no en los dos filos de la misma hoja sino en el pomo y en la hoja, en la cruz y en el arma. Toda espada es una cruz, pero necesita para verse como cruz ser empuñada por la hoja. Y para herir hay que coger la cruz, y batir con la hoja flexible, acerada y brillante del Estado. Así el Imperio siendo potestad "en su género máxima" es poder temporal de la Iglesia con la doble misión de reunir y defender en un solo Estado a toda la comunidad de los cristianos y de librar y enderezar al poder espiritual de todas las infecciones y ataques de la política terrena. No le sucederá como a los principados débiles que todo lo confían a la sutileza, a la argucia y al engaño y siempre andan revueltos y en burlas. Y si esto debe evitarse siempre, júzguese en qué manera cuando se trata del poder espiritual, de aquel que es Vicario de Cristo que no tiene en este mundo reino de soldados, pero sí el redil de todos los hombres.

He aquí la misión suprema del Fascismo; su católica razón de ser. El Fascismo es además de la más absoluta y perfecta forma de la constante clásica, la más alta empresa católica de todos los tiempos, pero en España conseguirá el Fascismo su total y definitiva arquitectura, su rumbo exacto, su fatal destino. Un Monarca es la Unidad, Un Imperio es la Grandeza, Una Espada es la Libertad. Ahí está nuestro grito

y nuestro augurio falangista. La Unidad del hombre y del mundo se obtiene con la monarquía del espíritu y del emperador. La Grandeza del hombre y del mundo se obtiene con la jerarquía. La Libertad del hombre y del mundo se obtiene con la milicia. El Imperio y el Fascismo son ante todo una obra de buena fe. Pero sólo España podrá comprenderlos como Acto de Fe y ahí está precisamente su esencia. Porque la Fe es por gracia divina acto propio y máximo de la libertad y por consiguiente la cima en la jerarquía de las operaciones del mundo, y el Fascismo es fundado sobre unidad, milicia y jerarquía. Por eso el Fascismo se llamó en España FE y no por incidencia sino por predestinación; y está fundado para el servicio de Dios y del César.

**AQVI TERMINA EL TRATADO SEGVNDO**

# LA CRITICA ESTETICA EN LA «REPUBLICA LITERARIA» DE SAAVEDRA Y FAJARDO

por

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGVAS

Esta obra literaria y crítica de don Diego de Saavedra y Fajardo, a través de los años, ha ido adquiriendo cada vez mayor difusión y una segunda vida.

Muy que en la nuestra España se realicen, al fin, las labores necesarias. Saavedra y Fajardo, como humanista, escritor y político internacional, cuya vida transcurrió a través de España, ya como secretario del Cardinal Borja en Roma y Nápoles; ya como Ministro en la Corte de Borbón y Delegado de España en el Congreso de Milán; un portador de una época y el coludor español europeo que se sumó con tanta de ayuda al ejercicio de su patria, así surge el valor histórico y actual de esta y tan oportuna obra por el momento.

El interés que hay de hacer las oportunas ediciones de un tan valioso conocimiento de la cultura europea durante el siglo XVII español, y su repercusión en los albores de los siglos XVIII y XIX, en tanto que, por no haber sido suficiente para otros países, pero sí tan interesante de España, como Saavedra y Fajardo.

